

FINALISTA ESTATAL



EL CUADRO MISTERIOSO

Blanca Espinosa Rojano

IES Fray Luis de León (Castilla y León)

Todo empezó una tarde de verano en Venecia. Diana, una chica de quince años había ido a pasar el verano allí con sus padres, Cristina y Sergio, y con su mejor amiga, Lucía.

Diana era alta, de un metro ochenta, con el pelo de un tono marrón cobre, un poco rojizo y muy largo, prácticamente por la cintura. Tenía los ojos verde esmeralda, y unos labios perfectamente definidos y carnosos. La verdad, parecía una modelo profesional. Esa chica era espectacular. Incluso algunos diseñadores, aunque no muy conocidos, le habían ofrecido hacer algún que otro desfile. Pero ella nunca había querido; es más, siempre le había molestado que todo el mundo la viera como una cara bonita, sin cerebro.

Había tenido una infancia difícil. Sus padres, estaban esperando otro hijo cuando ella tenía tres años, pero se produjo un aborto natural. Aunque ella era muy pequeña, se daba cuenta de todo. Cristina su madre, estuvo con depresión durante dos años, yendo al psicólogo. Su padre, había estado a su lado, pero también él llegó prácticamente al borde de la depresión. Hasta que Diana no cumplió los seis años nada recuperó la normalidad.

Y aunque sus padres más o menos, se recuperaron, ella quedó marcada. Con esa edad empezó a interesarse por los cuadros. Le encantaba la pintura. Tenía las paredes de su habitación repletas de cuadros; todos distintos los unos de los otros. Unos representaban animales, otros frutas, otros paisajes. Pero había uno en especial, que era el preferido de Diana. Se trataba de un dibujo, un tanto abstracto, del rostro de una niña pequeña. Podría tener unos dos años. Tenía el pelo cortito, y unos rizos dorados preciosos por toda la cabeza, lo cual le daba un aire travieso. Los ojos grandes y con pestañas alargadas le ocupaban gran parte de la cara. Eran negros, unos ojos misteriosos y penetrantes. Diana nunca había visto nada tan curioso. No es que fuera una obra de arte, ni siquiera se le acercaba, pero había algo, tenía algo que hacía que no pudiera apartar la mirada de aquella niña, que tenía esa expresión tan misteriosa, que engatusaba de una forma sobrenatural a quién lo miraba.

Pero no era por esto por lo que le llamaba tanto la atención a la pequeña Diana. Ella siempre la había visto con ojos familiares. La niña del cuadro, para Diana, fue como la hermana que, por desgracia, nunca llegó a tener. Siempre la observaba un largo rato, y luego la sonreía como si aquella niña de rizos de oro estuviera con ella. Diana sabía que

aquella niña era su hermana. Aquella que había marcado su infancia, para bien o para mal. Y esta percepción no cambió con el paso del tiempo.

Diana llamó a aquella niña Laura. Laura, su hermanita, que siempre estaba con ella, en su habitación, dentro de aquel cuadro con marco plateado y firmado por una tal Paola Stradivari.

Diana había pasado su infancia y su preadolescencia con esa idea de que Laura, la niña del cuadro, era su hermana y estaba, y estaría siempre allí con ella para protegerla. Diana se pasaba horas enteras contemplándola, y sabía que la miraba. Tenía la misma mirada que ella. Era su hermanita,

Cuando cumplió los quince años, en el mes de junio, sus padres decidieron ir de viaje a Venecia, y llevar también a Lucía, la mejor amiga de la infancia, y de toda la vida de Diana. Lucía siempre había estado a su lado, la había apoyado incondicionalmente, y era la única persona a la que Diana le había contado la historia del cuadro de Laura.

Llegaron a Venecia un dos de julio, a un pequeño pueblo muy acogedor, llamado Pueblo de Las Flores, en español. Eran las doce de la madrugada y las niñas llegaron muy cansadas. Sus padres deshicieron las maletas y el equipaje, ya que pensaban quedarse allí un mes. Las niñas durmieron hasta el día siguiente. Aquel día siguiente, el tres de julio fue clave. Diana llevaba pensando en ese plan durante mucho tiempo.

Una semana antes de partir había estado buscando información en Internet sobre Paola Stradivari, la autora del cuadro de Laura. Había averiguado que había nacido hace cuarenta y ocho años en Venecia. Precisamente en Venecia. No podía ser verdad. Diana estaba apenas a unos kilómetros de la autora de aquel cuadro que había formado parte de la vida de Diana. Ella siempre lo había tenido todo: una cara bonita, un cuerpo de escándalo y millones de amigas. Pero en el fondo, lo único que en realidad le importaba era Laura, su pequeña hermanita. Aquella que, al fin y al cabo, siempre iba a estar ahí.

Aquel tres de julio, Diana le contó su plan a Lucía. Quería viajar a la casa de la pintora del cuadro para preguntarle sobre él; cuál había sido su inspiración, en que condiciones lo había pintado, y sobre todo, quién era aquella niña.

Paola Stradivari vivía en un pueblo a 21 kilómetros de donde estaban instalados Diana y su familia. Le pidió permiso a sus padres para ir al pueblo vecino, con la excusa de querer visitar un centro comercial. Ellos aceptaron enseguida.

Pero Lucía no podía acudir, porque había contraído una enfermedad en el viaje el día anterior, probablemente solo fuera un resfriado. Así, Diana partió sola hacia el pueblo donde vivía Paola, llamado Bosque Cerrado. Cogió un autobús temprano, a las diez de la mañana, ya que solo disponía de un día para conseguir hablar con la autora. Llegó sobre las diez y media. Diana había conseguido la dirección de la autora y fue directamente a su casa. Era una mansión en toda regla. Las paredes eran verdes, un verde clarito muy pálido. El tejado tenía tonalidades marrones, un poco rojizas. Tenía un jardín exterior muy amplio, con una fuente de la que no salía agua. Esa casa tan grande y majestuosa, de unos tres pisos, parecía abandonada. Diana llamó a la puerta,

pero nadie contestó. Volvió a llamar. Esta vez, abrió la puerta una señora de unos 40 años, muy delgada y menuda, vestida con un delantal rosa pálido. Miró sorprendida a Diana. Ésta le explicó el motivo de su visita, y la sirvienta le contestó que Paola no estaba, que había viajado a otro pueblo cercano, para disfrutar de sus vacaciones. Pero hubo suerte y el pueblo estaba a unos 60 kilómetros. Pero Diana debía tomar un vuelo si quería ir allí. No se lo pensó, y le pidió la dirección del lugar en el que se encontraba Paola a la sirvienta.

Llevaba dinero de sobra, así que se dirigió al aeropuerto y tomó el avión de la primera media hora. En el viaje, telefoneó a Lucía para informarla del cambio de planes. Lucía se limitó a decir que le parecía bien, pero que andase con cuidado.

Llegó media hora más tarde y se dirigió a la casa alquilada por la autora. Pulsó el botón estrecho del timbre y rápidamente apareció una mujer al lado de la puerta. Era Paola Stradivari. Era una señora no muy alta, un poco obesa, con el pelo canoso y corto. Llevaba un vestido formal gris. Diana se acercó y le explicó el motivo de su visita. La pintora asintió e invitó a pasar a Diana. Estuvieron charlando un rato sobre el cuadro, aunque la autora no le reveló ningún secreto que Diana no supiera ya sobre él. Más tarde, Paola le invitó a dar una vuelta por el sótano de la casa para que ojeara algunos de sus cuadros. Cuando Diana entró en el sótano, vio algo que la dejó con la boca abierta. Era el cuadro verdadero de la pintura que tenía en su habitación, el cuadro de Laura.

Diana se acercó al lugar donde estaba situado el cuadro y lo contempló de cerca. El que ella tenía en su habitación era una copia, aunque también realizada por la autora. Oyó a través de la puerta que Paola estaba en el baño. Debía de estar lavándose las manos. Diana no se lo pensó, y cogió el cuadro verdadero. Salió corriendo de la casa con él mientras llamaba a Lucía. Le contó lo que había sucedido y tomó el siguiente vuelo de vuelta al Pueblo de Las Flores. Cuando llegó, y se disponía a salir del avión, le entregaron un sobre. Contenía una carta en la que ponía: "Cuídate. La pintora puede dar contigo, dispone de una lupa increíble". Cuando lo leyó, Diana supo que el mensaje era de Lucía, y rápidamente lo entendió todo. Seguramente, Paola había telefoneado a la sirvienta de su mansión, y ésta le había informado de lo que buscaba Diana y, sobre todo, de su paradero. La autora ya sabía donde encontrarla. Cerró el sobre donde estaba escrito "TOP SECRET" en mayúsculas y salió del avión. Tenía que idear un plan eficaz lo suficientemente rápido para no ser encontrada por la pintora.

Fue corriendo al hotel donde estaban sus padres, y Lucía, para dejar el cuadro allí y así ella podría escapar.

Cuando Diana llegó, Lucía ya le había contado lo sucedido a Cristina y Sergio al ver que Diana podía meterse en un buen lío. Fue una ventaja porque así no perdió tiempo dándoles explicaciones. Sus padres la dijeron, que el cuadro estaba seguro allí, y que ella debía escapar para que la autora no la encontrara. Su padre le dio la dirección de otro hotel donde podía esconderse y le prestó dinero para poder quedarse allí el tiempo que fuera necesario, unos minutos después de la partida de Diana, alguien llamó a la puerta. Cristina, su madre, abrió la puerta y vio a Paola Stradivari. Ésta le preguntó directamente por Diana, diciéndole a gritos que le había robado uno de sus cuadros más prestigiosos, y además, no era una copia, sino el verdadero. Cristina le

contó que no vivía allí que se había equivocado de dirección, pero la autora no la creyó y entro en la habitación empujando violentamente a Cristina. Entonces, vio sobre la cama el cuadro. No se había equivocado de dirección. Pero esto Sergio no lo había planeado por lo que se rindió y se dirigió a la autora explicándole toda la verdad. Por qué Diana tenía tanto interés en ese cuadro no lo sabía, pero en ese momento intervino Lucía y se lo explicó todo. La autora, conmovida, cambió de idea al escuchar los motivos por los que realmente Diana le había robado el cuadro. Los padres de Diana también se emocionaron, ya que no sabían nada hasta el momento de la historia de Laura. La pintora muy tranquila, le dijo a Sergio que avisara a Diana de que podía volver a casa. Cuando ésta llegó, la pintora, aún conmovida, le regaló el cuadro a Diana, al comprender el significado que tenía para ella. Así, desde aquel 3 de julio y hasta el día de hoy, Laura y Diana están juntas y unidas, de una forma maravillosamente inexplicable.